

Biblioteca ignota

Enseres para la caja asiática

Lobsang Castañeda

Fotograma de *Belle de jour*, filme protagonizado por Catherine Deneuve y dirigido por Luis Buñuel en 1967.
(Fotograma: Getty Images Latin America / PARIS FILM / FIVE FILM / LatinContent / Getty Images)



UNA DE MIS ESCENAS FAVORITAS de *Belle de Jour* de Buñuel es aquella en donde un cliente asiático llega al burdel de la señora Anaïs con una misteriosa caja negra debajo del brazo, decorada con ilustraciones parecidas al *shunga* japonés, cuyo contenido es de inmediato rechazado por una de las empleadas del lugar, mas no por Sévérine, la joven burguesa que aprovecha las mañanas para cultivar su incipiente masoquismo, quien, notablemente intrigada, decide atender al cliente. A juzgar por el zumbido que sale de la caja, se trata de un diminuto aparato vibrátil o, lo que parece más probable, de algún insecto volador, tal vez una mosca o un abejorro, capaz de estimular los genitales femeninos, causando, al mismo tiempo, un intenso dolor y un indecible placer. Así parece constatarlo la siguiente imagen de Sévérine, despatarrada sobre la cama, con sangre en la ropa, pero con una apacible sonrisa de satisfacción. Sin embargo, fiel a su visión del cine, Buñuel dejó en el misterio el contenido de la caja asiática. Tanto en *Mi último suspiro*, su libro de memorias, como en las entrevistas concedidas a José de la Colina y Tomás Pérez Turrent en *Prohibido asomarse al interior*, el director español recuerda, no sin ironía, que luego del estreno de la película muchas personas, sobre todo señoras, se le acercaron para preguntarle qué demonios había en la caja, asunto que ni él mismo sabía, por lo que sólo atinaba a responder: “alguna cosa útil para una perversión insospechada”.

Traigo a colación estas escenas para referirme a un libro que habla justamente de esas “cosas útiles” que sirven para aceitar la *machine erotique*. Aunque los expertos nos repiten hasta el cansancio que para tales fines no hay nada mejor que la imaginación, la cantidad y variedad de los artefactos que desde tiempos inmemoriales han usado los amantes para potenciar el placer nos indican que su enfoque del tema es, por lo menos, reducido. Y no hablo sólo de los instrumentos, más o menos identificables, de que se sirven los “pervertidos sexuales”, sino de los implementos, naturales o artificiales, materiales o simbólicos, que salen a relucir en

cualquier práctica erótica, incluso en las que tienen lugar sobre el honorable lecho conyugal.

La parafernalia sexual es vasta y compleja y puede abarcar distintas áreas del conocimiento. A la estética y la cosmética se suman la mecánica, la culinaria y la farmacopea. En *Artefactos eróticos* —Ediciones Temas de Hoy, 1989—, Beatriz Pottecher nos ofrece una guía de los enseres que conforman el erotismo objetual, un catálogo lo suficientemente amplio como para adentrarnos en el fascinante mundo de la voluptuosidad asistida. Luego de darnos una introducción, un tanto superficial, sobre la naturaleza del deseo, la autora se demora en minuciosas descripciones, agrupadas en breves capítulos genéricos, de objetos que, para determinados individuos y en determinadas culturas, han funcionado como excitantes del deseo. Más allá del siempre polémico y estéril debate sobre lo normal y lo patológico, la divisa que motiva las páginas de Pottecher es el descubrimiento del gozne que articula la “necesidad de ayuntar” con la “expresión del placer” en una época, dice, en la que “dichos objetos se han vuelto fetichistas, masturbatorios y violentos”.

Si, como asegura la autora, la sexualidad humana es una energía transformable, los artilugios diseñados para acompañar, incrementar, prolongar o simular el placer o para retardar el orgasmo no son más que prótesis que reflejan esa voluntad de derroche físico y emocional que nos distingue de los animales. Aún así, no deja de sorprender la amplitud de la imaginería erótica y la tenue frontera que separa lo sensual de lo cotidiano. Desde el maquillaje, las cremas exfoliantes, las lociones y los perfumes hasta los ungüentos picantes que irritan y escuecen la piel; desde las pulseras y gargantillas hasta la lencería y los zapatos de tacón, pasando por el vistoso corsé, “el capullo del que emerge la rosa”; desde los primeros dildos u olisbos recubiertos de cuero o terciopelo hasta los vibradores eléctricos japoneses, pasando por los huevos y bolas orientales para la taponería y estimulación anales; desde el arte plumario

hasta el *nakhadama* hindú, que es, por si alguien no lo sabía, el oficio de arañar; desde los alimentos afrodisíacos como los mariscos, el espárrago, el ajo, el cacao, la menta, el azafrán y la canela hasta las drogas sexuales como la *cantaridina*, el *yohimbe*, la *damiana* o el *ginseng*; desde las arquetípicas *geishas* hasta las muñecas inflables y los simuladores de vagina, pasando por las *pinup girls* y la consiguiente revelación del cuerpo como mercancía; desde los tratados sexológicos orientales como el *Kamasutra* hasta las revistas porno y la industria del cine para adultos, Pottecher nos muestra todo lo que la especie, con mayor o menor fortuna, ha inventado para autosatisfacerse, servir al placer ajeno, jugar, entretenerse y divertirse en la cama, descargar la tensión de la carne, crear una comunión perdurable con el otro o sumergirse en el más recalcitrante de los solipsismos. En suma, una marejada de objetos que sirven para entregarse, con la confianza de la intensidad garantizada, a la concreción del deseo.

Escrito con un estilo desenfadado, el libro de Pottecher destaca, sin embargo, por algunos datos que serían difíciles de rastrear. Las líneas que le dedica, por ejemplo, a las operaciones sexuales (clitoridectomías, infibulaciones, sajaduras y circuncisiones) y a los objetos representativos (el *falang*, los *nambas*, los *falocriptos*) del arte erótico negro o africano son muy valiosas, lo mismo que su esquemática exposición de la cultura erótica hindú, en donde todo, ciertamente, parece girar alrededor del sexo, tal y como lo demuestra el tantrismo. Resalta también un apreciable apéndice bibliográfico que incluye apartados sobre coleccionistas de objetos y libros eróticos, estudios clásicos sobre el tema y obras de la literatura sensual y libertina, de Pietro Aretino a D. H. Lawrence y de Boccaccio a Pierre Louÿs.

Ahora bien, más allá de la voluntad ensayística de la autora, la obra de Pottecher carece de una reflexión mucho más completa sobre la condición del objeto de placer y, si me apuran un poco, sobre el concepto de objeto en sí, allende su funcionalidad. En efecto, ¿qué

lugar ocuparían los enseres eróticos en un sistema general de los objetos? ¿Cómo modificaría el objeto erótico las nociones de técnica e industria? ¿Transforman los artefactos eróticos a quien los utiliza o, por el contrario, es el individuo el que, buceando en el mar de la parafernalia sexual, encuentra lo que necesita para reafirmar su personalidad? ¿Son los objetos eróticos una forma de integrar lo artificial y lo natural o, por el contrario, la línea de sombra que vuelve más evidente la barrera que los separa? Todas estas son preguntas básicas que, sin embargo, brillan por su ausencia en las páginas de *Artefactos eróticos*.

Finalmente, para seguir el hilo del tema, yo sugeriría como complemento la lectura de *Los artificios del placer* del Dr. A. Martín de Lucenay —guionista y director de cine en México en la década de los treinta, creador de la historieta *Chanoc* y uno de los primeros divulgadores masivos de la sexología, autor de sesenta libros sobre el tema, entre los que destacan, así sea únicamente por sus títulos: *Por qué no nos aman las mujeres*, *Las grandes aberraciones sexuales*, *Los mercados del amor maldito*, *Los adoradores del falo*, *Cómo hacer mujeres ardientes*, *Brujerías y filtros de amor*, *El placer por el dolor* y *Viviendo entre prostitutas*—, cuyo contenido es mucho más especulativo —y, por ende, cargado de referencias ya superadas por los estudios clínicos— desde el momento en que intenta explicar, basándose en informes de especialistas decimonónicos como Pouillet o Havelock Ellis, por qué el ser humano necesita aparatos para dar y recibir placer, es decir, cuáles son las raíces psicológicas de la parafernalia erótica. En todo caso, tanto el libro de Pottecher como el de Martín de Lucenay deben ser tomados como dos buenos exordios, así sean rudimentarios, al excitante mundo de los excitantes sexuales.

Sobra decir que ambos libros pueden conseguirse todavía en las librerías de viejo de la calle Donceles. Yo los he visto ahí en distintas ocasiones, entre tratados de anatomía, fisiología y medicina, sonrojando a los curiosos. ■